

El árbol de las historias

Eulàlia
Canal

Dibujos de
Bartomeu
Seguí



1

La noche de Reyes

Era la noche de Reyes y caía una nieve fina como polvo de azúcar.

En las casas, algunas sombras silenciosas trajinaban con paquetes.

Las calles estaban vacías. O casi vacías.

Crucé la calle en dirección a la biblioteca. Había recordado que la ventana de la sala se había quedado abierta. No quería que el frío entrara dentro y que los libros pillaran un resfriado.

Mis botas dejaban huellas en la nieve. De repente, al lado de mis pisadas vi unas huellas pequeñas que se dirigían hacia la biblioteca. Puede que fueran de un gato o...

Levanté la vista, había una sombra extraña e inmóvil ante la puerta de la biblioteca. ¿Qué podía ser?

Sonreí pensando que tal vez los Reyes, aunque yo ya fuera mayor, me habían dejado un saco de carbón.

A tres pasos de la entrada distinguí unos pies desnudos y unos cabellos largos.

Era una niña que estaba sentada a la puerta de la biblioteca y se abrazaba las piernas con los brazos.

Tenía hielo en la punta de los dedos y el pelo escarchado.

Un escalofrío me recorrió el espinazo.

Abrí la puerta de la biblioteca y la invité a entrar. Corrí a cerrar la ventana y a encender la estufa. Le di una manta.

Su pelo recuperó el color y sus labios, la sonrisa.

Aquella sonrisa y aquellos ojos me recordaban vagamente a alguien, pero mis recuerdos a menudo eran amarillentos y borrosos.

Entonces dije:

–Me llamo Jonás, ¿y tú?

Ella me miró. Tenía los ojos negros como la noche y la piel blanca como la leche.

–Me llamo Luna.

–Luna... ¡es bonito! Y entonces, ¿es que te has perdido? –pregunté.

Negó con la cabeza y dijo:
–Busco el árbol de las historias.

¡El árbol de las historias! Me sentí conmovido por aquellas palabras, como si me trajesen de vuelta de un sueño lejano.

El árbol. En el centro de la sala de la biblioteca se levantaba un árbol, grueso y fuerte como un roble. Crecía hacia arriba desplegándose con centenares de ramas. Nadie se explicaba cómo aquel árbol podía vivir entre cuatro paredes. Era un misterio. Había aparecido de repente una noche y las raíces habían roto los ladrillos. Eran cosas que pasaban cuando Itsar estaba a mi lado y su voz llenaba la biblioteca de historias. De magia, también.

Las buenas historias son como semillas, pueden tomar vida en cualquier momento, decía ella.

De eso, ya hacía algunos años.

Luna se levantó y se acercó al tronco.

Después pasó sus dedos pequeñitos por las arrugas de la corteza y dijo:

–Es justo el sitio que buscaba.

Trepó árbol arriba hasta el primer rellano de ramas, estiró la cabeza mirando hacia arriba y se durmió sin pronunciar ni una palabra más.

2

Cápsulas de lectura

Me pellizqué. ¿Aquella criatura era real o estaba soñando? ¿De dónde diantre había salido? ¿Dónde estaban sus padres? ¿Qué era eso del árbol de las historias? ¿Y qué se suponía que tenía que hacer yo? Deseaba despertarla y freírla a preguntas.

Me acerqué para hacerlo, pero su respiración desprendía tanta placidez que no me vi con ánimos de romper su sueño.

Por suerte, al día siguiente era fiesta, el día de Reyes, y nadie me esperaba en ningún sitio. Tenía mucho tiempo para pensar.

—¿Y tú qué miras? —le dije al mono del libro que había quedado abierto a los pies del árbol—. Seguro que ha sido Nanuk el que te ha dejado aquí.

Siempre lo deja todo tirado como si esto fuera su casa. El próximo día no le dejaré entrar –refunfuñé.

Pero sabía que sí, que le dejaría entrar, sobre todo si era la hora del cuento.

La hora del cuento era un momento mágico.

Por lo menos, lo había sido.

Ahora parecía que todos tenían cosas mucho mejores que hacer. Eso a veces me entristecía, pero bien mirado tenía bastante con Nanuk y Julio. Ellos no faltaban nunca.

Ni Lina, claro.

Lina, la maestra de la escuela de Villacana, era la persona que más utilizaba la biblioteca del pueblo.

¿Qué pasaría el día que no viniera nadie? Eso no quería ni pensarlo.

En Villacana habían cambiado muchas cosas últimamente. Demasiadas.

Todo había empezado con la gran noticia en la prensa:

«MUY PRONTO, LAS LIBRERÍAS Y
BIBLIOTECAS DESAPARECERÁN. LOS
LIBROS SERÁN SUSTITUIDOS POR LAS
INNOVADORAS CÁPSULAS DE LECTURA».

Yo me reí. No me lo quería creer, pero la gente del pueblo que había estado en la ciudad contaba

eso de las cápsulas. Cada cápsula era un libro. Elegías el libro y solo hacía falta que te tragaras la cápsula, glup, en cosa de un segundo. Era la tontería más grande que había oído nunca.

Y después, ese local cibernético justo delante de la biblioteca. Cada tarde se llenaba de chiquillería. Pantallas y juegos. Poca conversación y mucho ruido.

Nada más lejos del silencio plácido que respiraban los libros.

Nada más lejos de todo lo que me enseñó Itsar.
Volví a mirar a Luna y suspiré.

Yo ya no podía cuidar de nadie. Si aquella niña hubiera venido cuando estaba Itsar y nada me arañaba el alma, entonces sí, pero ahora...